Adiós, dulce globo, adiós

Entonces por qué no aparece entre el luto su sonrisa esta noche que roza ya el amanecer, yo sigo de pie frente a ella, muchos son los caminos que ha trazado la memoria, más extensos todavía los desiertos que la imaginación, solitaria y remota, ha tenido que desentrañar en su ausencia. No hay excusa para entrar así en el nuevo año, tampoco hay nada que lo justifique. Un abrazo, el comedido beso de felicitación porque tal vez algo nuevo empieza, pero no hay nada, cajetillas de cigarros consumidos, ceniceros de nostalgia. No es más que otro año, la parada número cero del autobús invierno a mitad de trayecto. No puedo afrontar el realismo de los últimos recuerdos junto a ella, mucho menos quiero escuchar la palabra utilidad de boca de esos racionalistas que no entienden más allá de lo evidente. Solo sé que estoy despierto, que vivo, y estoy frente a todo lo que ha modelado la existencia para mí, como si la vida me esculpiese - no escupiese, aunque también- a su imagen y semejanza, y ya no soy simplemente este arte de escribir poemas cada cierto tiempo, esta cara perdida de melancolía, esta cazadora que llevo ocultando un temblor que muere por abrazarse a algo con signos de tierra, con leyenda de animal sólido, anclado en el mundo, porque las cosas están afuera y giran vertiginosamente, y mi reloj ya ha engullido sobradamente toda esa vorágine de transeúntes y comercios atestados, de calles solitarias y parques otoñales, de parejas ajenas, de familias ajenas, de niños ajenos que soy yo mismo huérfano de ese calor con raíces. Solo por ello da tedio seguir encauzando versos en memoria suya, fue tan duro el proceso de su enfermedad, siento tanto miedo al abrazarla en sueños ahora, me gustaría poder dejar los recuerdos amargos del final en un contenedor vacío, y que la nada los engulla definitivamente.

Y es que no quiero mentirle más a ese niño que, perdido entre el gentío de la fiesta, piensa que su voz y su alegría viven eternamente con aquel globo que se eleva desapareciendo en lo más alto del cielo, lejos de las vivencias de los otros que continúan su baile terrenal. Odio ese tío vivo absorbente y sin sentido que es a veces la vida, donde todos los caballitos están estropeados de soportar el peso de la muchedumbre. Solo quiero abrazarme a la tierra por una vez, y ya siempre: una mano fértil, cálida, suave y auténtica como la de la madre estrechando al niño para que se olvide de su dulce globo; unos ojos profundos, de verdad, que digan *no me voy a ir, te estoy cosiendo los pies al suelo para que no te caigas por arriba como solías hacer antes de*

mí, cuando no existías en el mundo; un vientre terso, con perlas bajo el ombligo, insinuándose como ese tesoro cuyo interior han desentrañado todos los hombres a lo largo de la historia de la humanidad.

He de quedarme aquí, recomenzar conmigo. No puedo seguir anclado a su muerte, un nuevo tiempo se abre paso contra su ausencia y este miedo de vivir. De mí no esperen más que el esqueleto de un jugador con palabras entre las manos, admirando a todos los perdedores que tras la partida comparten pan y lecho con sus familiares. No me colgaré en los laureles de la distancia sin nombre, ni en la extraña seguridad de ese miedo cotidiano que su pérdida ha normalizado. Esta comodidad es suicida, voy a vomitar de tanto cotillón amargo, de incomprendidos ritmos para la posteridad y otras formas de la desolación partidarias de que me quede completamente solo en las alturas, compartiendo mi globo con las nubes.